

so que las de quienes murieron en grave culpa caen luego á sufrir las penas del infierno.

Todo cuanto sustancial podríamos decir sobre el Primado del Romano Pontífice y su infalibilidad, ha sido perfectamente expresado y definido por el Concilio Vaticano en la Constitución dogmática «*De Ecclesia Christi*»; que ha divulgado con profusión y manifiesta oportunidad el *Apostolado de la Prensa* en el opúsculo correspondiente al mes de Febrero último para propaganda del «*Antídoto* contra los errores modernos.»

Concedamos algún descanso á nuestros amables lectores para entrar sin fatiga en la reseña del rito griego, así ortodoxo como cismático.

PILARITA Y SU ABUELO.

Llegaba del Colegio de las Hermanas, Pilarita alegre como unas Pascuas y retozando como las brisas del mes de Mayo entre las flores, y echóse á los brazos de la mamá, al tiempo que el médico salía de la habitación del abuelo que estaba gravemente enfermo.

¡Malo está el abuelo!—dijo el doctor.—No tenemos hombre para ocho días.—Y después de avisar que podían administrarle los Sacramentos, se despidió.—¡Virgen del Rosario! balbuceó casi llorando la señora, no permitáis que el abuelito muera impenitente!

Pilarita no comprendió el sentido de estas palabras y cubriendo á su madre de besos, dijo:—mamá, ¿por qué llora usted?—Hija mía, porque el abuelito se nos muere dentro de pocos días, según dice el médico.—Recemos por él á la Virgen—dice la candorosa niña,—pues, ayer nos enseñó la Hermana que cuandouviésemos algún enfermo que estuviese muy malo y á punto de morir, si rezáramos por él á la Virgen, no moriría sin sacramentos y la Virgen se lo llevaría al cielo.

Rezaron la madre y la hija algunas Ave Marías; y pensando la niña que ya estaba concluido todo el negocio, fuese saltando á comunicar al abuelito tan buena nueva.

—¡Abuelito! Buenos días tenga V.; ya hemos rezado con mamá á la Virgen para que le lleve á V. al cielo.—¿Hija mía, qué estás diciendo? ¿Tan pronto quieres que me muera?—Yo no: pero como el médico ha dicho á mamá que V. se iba á morir, hemos rezado á la Virgen para que no muera V. sin sacramentos, y la Virgen le lleve al cielo.—¿Cómo es eso?—dijo el enfermo incorporándose.—Eso ha dicho el médico, que yo estaba tan malo?—Sí señor: ha dicho que V. no viviría ocho días.